

---

## ***REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA\****

***John Keane***

Entre las paradojas de este prolongado siglo de violencia está la escasez de reflexiones dentro de la teoría política contemporánea sobre las causas, los efectos y las implicaciones ético-políticas de la violencia, entendida ésta (crudamente) como cualquier acto no pedido, pero intencional o parcialmente intencional, de violar físicamente el cuerpo de una persona quien previamente había vivido en paz.

Existen excepciones sorprendentes a esta regla, y lo confirma el hecho interesante de que en una profesión fuertemente dominada por los hombres, el tema haya sido tratado desproporcionadamente por teóricos políticos mujeres —las reflexiones de Hannah Arendt sobre la violencia son ejemplares. Intentos informales para discutir el significado o la significación de teorías del pasado rápidamente se hallan atrapados en pantanos de confusión semántica o indiferencia política, o en fuertes preferencias académicas por analizar teorías de la justicia, el comunitarismo o la historia de lenguajes políticos medio muertos.

Aunque hay ciertamente múltiples estudios de caso sobre las guerras, rebeliones civiles y otros conflictos violentos, la reflexión política se ha

\* Este es un extracto del libro *Reflections on violence* (en prensa) a ser publicado en Inglaterra por la editorial Verso. Tomado de *CSA Bulletin*, otoño 1995, vol. 3, núm. 1, p. 9. Traducción de Víctor Alarcón Olguín.

quedado muy por detrás de los eventos empíricos. Desde luego, la cantidad total de violencia acumulada por el siglo XX sobre sí mismo es suficiente para volver pesimista al más entusiasta de los filósofos; y debido a que los "optimistas escriben pésimo" (Valery) y los pesimistas tienden a no escribir, resulta comprensible el silencio de aquellos miembros de la profesión de la teoría política que han sido pasmados por la crueldad de este siglo.

En cualquier lado dentro de la profesión, el silencio es totalmente inexcusable, porque es como si la teoría política fuera incapaz de aprender a pensar con dolor, o incluso que éste haya olvidado la experiencia del dolor, lo que ha sucedido al ocurrir lo que la gente normalmente no puede realizar por sí misma: superar la compasión animal que atrapa a aquellos quienes atestiguan o escuchan acerca del sufrimiento físico de los demás.

Las razones de esta imaginación política congelada acerca de la violencia son múltiples, y ciertamente podrían constituir un ensayo en sí mismo, si no fuera porque la glorificación de la violencia como fin en sí mismo está paradójicamente en declive; lo cual estaba absolutamente ausente del pensamiento político europeo antes de los belicosos estallidos de las Guerras Santas de la religión cristiana o las Cruzadas, y porque el consecuente silencio acerca de la violencia descansa sobre una confusa mezcla de prejuicios no dichos y presunciones de significación.

Unos pocos todavía creen que no existen problemas de violencia, precisamente porque el estado territorialmente definido debería, o lo hace de hecho, monopolizar sus instrumentos. En ocasiones se ha dicho abiertamente que la materia de la violencia reside propiamente en las provincias de los especialistas de criminología, la psiquiatría, los estudios sobre las mujeres o los estudios de la guerra, como si la preocupación por la violencia en el terreno de la reflexión política durante dos milenios por lo menos, pudiera ser de alguna manera pasada por alto mediante una matización.

Incluso otros teóricos políticos, especialmente aquellos que viven y trabajan en las democracias post-imperiales, tácitamente aceptan una regla escandalosa de la política democrática desde Vietnam: la reluctancia vergonzosa o el rechazo categórico de la mayoría de los políticos, excepto en

---

situaciones raras o ajenas al propio interés, para hablar públicamente de zonas de exterminio como el Kurdistán, Somalia, Ruanda o Bosnia-Herzegovina, dejadas a su suerte en cuanto reclamar apoyo público por una intervención militar y de contraviolencia en contra de la crueldad dentro de aquellas naciones situadas “fuera del mundo”.

Luego están aquellos teóricos quienes francamente admiten su irreflexiva creencia en la inevitabilidad de la violencia como un rasgo necesario de la condición humana. La violencia es arropada dentro de un aura de extrañeza: sus causas y consecuencias están llamadas a ser insuficientemente entendidas como para ser afines a un curso de tratamiento o —más allá de una esperanza real— de remedio, especialmente bajo circunstancias tales como las revoluciones, el hostigamiento y la confrontación entre estados armados. Esta creencia de que la violencia es inevitable resulta ser raramente asumida como históricamente específica, lo cual ciertamente lo es.

La tesis de Marx, delineada en *El Capital*, de que “en la historia real, la conquista, la esclavitud, el robo, el asesinato, en suma, la violencia, notoriamente juegan el papel central”, y su sentencia de que “la violencia es la partera de cada vieja sociedad preñada con una nueva”, son ejemplos de una convicción, peculiar a todas las fases de la modernidad hasta ahora, de que la violencia en cierta forma está ineluctablemente presente en los asuntos humanos.

Esta convicción moderna de que “no puedes hacer un *omelette* sin romper los huevos” (Lenin) o de que “el poder político se desarrolla fuera del cañón de un arma” (Mao) puede ser vista como el resultado secularizado de las doctrinas cristianas de la Guerra Santa, las cuales explican por qué lo anterior estaba virtualmente ausente del pensamiento político antes del siglo XI, en donde a partir de ese momento la vieja “guerra justa” empieza a derrumbarse con su insistencia de que la violencia debe ser estrictamente instrumental, un medio que está siempre en busca de un fin para justificar y poner limitaciones sobre ella.

Finalmente, existen teóricos políticos quienes se aferran a la presunción igualmente moderna y originalmente religiosa, de que la violencia es un anatema porque viola el principio de la santidad de la vida humana,

una presunción que en la práctica a menudo nos enlaza con la creencia de que tan lejos como sea posible, la violencia debe de ser ocultada ante los ojos humanos; e incluso en ocasiones con la convicción (expresada en la teoría de las zonas democráticas de paz) de que las sociedades avanzadas no están más seriamente cuestionadas por la violencia y de que las teorías de la violencia están por fuerza perdiendo su razón de ser.

Tal vez esta última actitud ayude a explicar por qué el recuerdo de ciertos clásicos modernos sobre la materia parece estar desvaneciéndose. ¿Quién lee hoy la defensa sindicalista del movimiento obrero en las *Reflexiones sobre la violencia*, de George Sorel (1908); el excelente ensayo de Walter Benjamin sobre el Derecho, la justicia y la violencia, *Sobre la crítica de la violencia* (1921); o en el intento de Hannah Arendt de distinguir entre violencia y poder en *Sobre la violencia* (1961)? ¿Quién lee el punzante ataque de Franz Fanon al colonialismo blanco, *Los Condenados de la Tierra* (1961), con su insistencia de que los “desposeídos están autorizados a asesinar a sus opresores porque hacerlo es matar dos pájaros con un solo tiro: el opresor interno y el opresor externo?”